

I. ORACIÓN Y FE

«Un querido amigo mío, gran aficionado a la caza, me contó la siguiente historia: "Levantándome temprano una mañana", dijo, "oí el ladrido de una jauría de sabuesos persiguiendo a su presa. Mirando hacia un amplio campo abierto frente a mí, vi a un joven cervatillo cruzarlo, dando señales, además, de que su carrera estaba casi terminada. Al llegar a los barrotes del cercado, saltó por encima y se agazapó a menos de tres metros de donde yo estaba. Un momento después, dos de los sabuesos saltaron, y el cervatillo corrió hacia mí y escondió su cabeza entre mis piernas. Levanté a la pequeña criatura contra mi pecho y, girando una y otra vez, rechacé a los perros. Sentí entonces que todos los perros del Oeste no podían, ni debían, capturar a aquel cervatillo después de que su debilidad hubiera apelado a mi fuerza." Así sucede cuando la impotencia humana apela al Dios Todopoderoso. Bien recuerdo cuando los sabuesos del pecado persiguieron mi alma, hasta que, por fin, corrí a los brazos del Dios Todopoderoso.» -- A. C. DIXON.

EN cualquier estudio de los principios y procedimientos de la oración, de sus actividades y empresas, el primer lugar debe, necesariamente, otorgarse a la fe. Es la cualidad inicial en el corazón de todo aquel que se propone hablar con lo Invisible. Debe, por pura impotencia, extender manos de fe. Debe creer donde no puede probar. En el análisis final, la oración es simplemente la fe reclamando sus prerrogativas naturales aunque maravillosas: la fe tomando posesión de su herencia ilimitada. La verdadera piedad es tan verdadera, constante y perseverante en el ámbito de la fe como lo es en la provincia de la oración. Además: cuando la fe deja de orar, deja de vivir.

La fe hace lo imposible porque lleva a Dios a comprometerse por nosotros, y nada es imposible para Dios. ¡Cuán grande —sin calificación ni limitación— es el poder de la fe! Si la duda es desterrada del corazón y la incredulidad se vuelve extraña allí, lo que pidamos a Dios ciertamente sucederá, y al creyente le es concedido "todo lo que diga".

La oración proyecta la fe hacia Dios, y a Dios hacia el mundo. Solo Dios puede mover montañas, pero la fe y la oración mueven a Dios. En su maldición de la higuera, nuestro Señor demostró su poder. Después de esto, procedió a declarar que grandes poderes fueron confiados a la fe y a la oración, no para matar sino para dar vida, no para maldecir sino para bendecir.

En este punto de nuestro estudio, nos dirigimos a una declaración de nuestro Señor que es necesario enfatizar, pues es la piedra angular del arco de la fe y la oración.

«Por eso os digo: Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24).

Deberíamos meditar bien en esa declaración: "Creed que lo recibiréis, y os vendrá". Aquí se describe una fe que se da cuenta, que se apropia, que toma. Tal fe es una conciencia de lo Divino, una comunión experimentada, una certeza realizada.

¿Está la fe creciendo o declinando a medida que pasan los años? ¿Permanece la fe fuerte y sólida en estos días, mientras la iniquidad abunda y el amor de muchos se enfría? ¿Mantiene la fe su firmeza, mientras la religión tiende a convertirse en una mera formalidad y la mundanalidad prevalece cada vez más? La pregunta de nuestro Señor puede ser, con gran propiedad, la nuestra: "Cuando el Hijo del Hombre venga", pregunta Él, "¿hallará fe en la tierra?" Creemos que la hallará, y a nosotros nos corresponde, en este nuestro día, velar por que la lámpara de la fe esté recortada y ardiendo, no sea que venga Aquel que ha de venir, y venga pronto.

La fe es el fundamento del carácter cristiano y la seguridad del alma. Cuando Jesús anticipaba la negación de Pedro y le amonestaba contra ella, dijo a su discípulo:

«Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte» (Lucas 22:31-32).

Nuestro Señor estaba declarando una verdad central; era la fe de Pedro lo que buscaba proteger; pues bien sabía que cuando la fe se derrumba, los cimientos de la vida espiritual ceden y toda la estructura de la experiencia religiosa se desploma. Era la fe de Pedro la que necesitaba ser guardada. De ahí la solicitud de Cristo por el bienestar del alma de su discípulo y su determinación de fortalecer la fe de Pedro mediante su propia oración todopoderosa.

En su Segunda Epístola, Pedro tiene esta idea en mente al hablar del crecimiento en la gracia como una medida de seguridad en la vida cristiana y como algo que implica fructificación.

«Y además de esto», declara, «poniendo todo empeño, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, conocimiento; y al conocimiento, dominio propio; y al dominio propio, paciencia; y a la paciencia, piedad» (2 Pedro 1:5-6).

De este proceso de adición, la fe era el punto de partida: la base de las demás gracias del Espíritu. La fe era el fundamento sobre el cual se habían de construir las demás cosas. Pedro no ordena a sus lectores añadir a las obras, dones o virtudes, sino a la fe. Mucho depende de comenzar bien en este asunto de crecer en la gracia. Hay un orden divino del cual Pedro era consciente; y así continúa declarando que debemos poner diligencia en hacer firme nuestro llamamiento y elección, elección que se asegura añadiendo a la fe, lo cual, a su vez, se hace mediante la oración constante y ferviente. Así la fe se mantiene viva por la oración, y cada paso dado en esta adición de gracia sobre gracia va acompañado de oración.

La fe que crea una oración poderosa es la fe que se centra en una Persona poderosa. La fe en la capacidad de Cristo para hacer, y para hacer grandemente, es la fe que ora grandemente. Así, el leproso se aferró al poder de Cristo. «Señor, si quieres», clamó, «puedes limpiarme» (Mateo 8:2). En este caso, se nos muestra cómo la fe se centró en la capacidad de Cristo para actuar, y cómo aseguró el poder sanador.

Fue precisamente sobre este punto que Jesús interrogó a los ciegos que vinieron a Él para ser sanados:

«¿Creéis que puedo hacer esto?» pregunta Él. «Ellos le dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:28-29).

Fue para inspirar fe en su capacidad de actuar que Jesús dejó tras de sí aquella última y gran declaración que, en el análisis final, es un resonante desafío a la fe. «Toda potestad», declaró, «me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18).

Además: la fe es obediente; va cuando se le ordena, como hizo el noble que vino a Jesús en el día de su carne, y cuyo hijo estaba gravemente enfermo.

Es más: tal fe actúa. Como el hombre nacido ciego, va a lavarse al estanque de Siloé cuando se le dice que se lave. Como Pedro en Genesaret, echa la red donde Jesús manda, al instante, sin cuestionamiento ni duda. Tal fe quita la piedra de la tumba de Lázaro con prontitud. Una fe que ora guarda los mandamientos de Dios y hace aquellas cosas que son agradables delante de Él. Pregunta: «Señor, ¿qué quieres que haga?» y responde rápidamente: «Habla, Señor, que tu siervo escucha». La obediencia ayuda a la fe, y la fe, a su vez, ayuda a la obediencia. Hacer la voluntad de Dios es esencial para la fe verdadera, y la fe es necesaria para la obediencia implícita.

Sin embargo, la fe es llamada, y con razón muy a menudo, a esperar con paciencia delante de Dios, y está preparada para las aparentes demoras de Dios al responder la oración. La fe no se desanima porque la oración no sea honrada inmediatamente; toma a Dios por su Palabra y le permite tomar el tiempo que Él elija para cumplir sus propósitos y llevar a cabo su obra. Está destinado a haber mucha demora y largos días de espera para la fe verdadera, pero la fe acepta las condiciones, sabe que habrá demoras en la respuesta a la oración, y considera tales demoras como tiempos de prueba, en los cuales tiene el privilegio de mostrar su temple y la firme materia de la que está hecha.

El caso de Lázaro fue un ejemplo de demora, donde la fe de dos mujeres virtuosas fue puesta a prueba: Lázaro estaba gravemente enfermo y sus hermanas mandaron llamar a Jesús. Pero, sin razón aparente, nuestro Señor tardó en

acudir en auxilio de su amigo enfermo. La súplica era urgente y conmovedora: «Señor, he aquí que el que amas está enfermo», pero el Maestro no se conmovió, y la ferviente petición de las mujeres pareció caer en oídos sordos. ¡Qué prueba para la fe! Además, la tardanza de nuestro Señor pareció acarrear una desgracia irreparable. Mientras Jesús tardaba, Lázaro murió.

Pero la demora de Jesús se produjo en aras de un bien mayor. Finalmente, se dirige a la casa de Betania.

«Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; pero vayamos a él» (Juan 11:14-15).

No temas, oh creyente tentado y probado; Jesús vendrá, si la paciencia es ejercitada y la fe se mantiene firme. Su demora servirá para hacer que Su venida sea aún más ricamente bendecida. Ora sin cesar. Espera con paciencia. No puedes fracasar. Si Cristo se demora, espéralo. A su debido tiempo, Él vendrá y no tardará.

La demora es a menudo la prueba y la fortaleza de la fe. ¡Cuánta paciencia se requiere cuando llegan estos tiempos de prueba! Sin embargo, la fe cobra fuerzas esperando y orando. La paciencia lleva a cabo su obra perfecta en la escuela de la demora. En algunos casos, la demora es de la esencia misma de la oración. Dios tiene que hacer muchas cosas, antes de dar la respuesta final — cosas que son esenciales para el bien duradero de aquel que solicita favor de Sus manos.

Jacob oró con firmeza y fervor para ser liberado de Esaú. Pero antes de que esa oración pudiera ser respondida, había mucho que hacer con Jacob y por Jacob. Él debía ser cambiado, tanto como Esaú. Jacob tenía que ser transformado en un hombre nuevo, antes de que Esaú pudiera serlo. Jacob tenía que ser convertido a Dios, antes de que Esaú pudiera ser convertido a Jacob.

Entre las amplias y luminosas declaraciones de Jesús concernientes a la oración, ninguna es más cautivadora que esta:

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:12-14).

¡Cuán maravillosas son estas declaraciones de lo que Dios hará en respuesta a la oración! ¡Cuán grande es la importancia de estas palabras resonantes, precedidas, como están, por la más solemne veracidad! La fe en Cristo es la base de toda obra y de toda oración. Todas las obras maravillosas dependen de la oración maravillosa, y toda oración se hace en el Nombre de Jesucristo. ¡Asombrosa lección, de maravillosa simplicidad, es esta de orar en el nombre del Señor Jesús! Todas las demás condiciones son depreciadas, todo lo demás es renunciado, salvo solo Jesús. El nombre de Cristo — la Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo — debe ser supremamente soberano, en la hora y el momento de la oración.

Si Jesús mora en la fuente de mi vida; si las corrientes de Su vida han desplazado y suplantado todas las corrientes del yo; si la obediencia implícita a Él es la inspiración y la fuerza de cada movimiento de mi vida, entonces Él puede confiar con seguridad la oración a mi voluntad, y comprometerse a Sí mismo, por una obligación tan profunda como Su propia naturaleza, a que todo lo que se pida sea concedido. Nada puede ser más claro, más distinto, más ilimitado tanto en aplicación como en extensión, que la exhortación y la urgencia de Cristo: «Tened fe en Dios» (Marcos 11:22).

La fe cubre las necesidades temporales tanto como las espirituales. La fe disipa toda ansiedad indebida y preocupación innecesaria acerca de qué se comerá, qué se beberá, qué se vestirá. La fe vive en el presente y considera que el día basta para su propio mal. Vive día a día y disipa todos los temores por el mañana. La fe trae gran tranquilidad de mente y perfecta paz de corazón.

«Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado» (Isaías 26:3).

Cuando oramos: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy» (Mateo 6:11), estamos, en cierta medida, excluyendo el mañana de nuestra oración. No vivimos en el mañana sino en el hoy. No buscamos la gracia del mañana ni el pan del mañana. Aquellos que viven en el presente viviente prosperan mejor y obtienen más de la vida. Oran mejor quienes oran por las necesidades de hoy, no por las del mañana, las cuales podrían hacer nuestras oraciones innecesarias y redundantes por no existir en absoluto!

Las verdaderas oraciones nacen de las pruebas presentes y de las necesidades presentes. El pan para hoy es pan suficiente. El pan dado para hoy es la más fuerte prenda de que habrá pan mañana. La victoria de hoy es la seguridad de la victoria de mañana. Nuestras oraciones necesitan estar enfocadas en el presente. Debemos confiar en Dios hoy y dejar el mañana enteramente con Él. El presente es nuestro; el futuro pertenece a Dios. La oración es la tarea y el deber de cada día que se repite — oración diaria para las necesidades diarias.

Así como cada día demanda su pan, así cada día demanda su oración. Ninguna cantidad de oración hecha hoy será suficiente para la oración de mañana. Por otro lado, ninguna oración por el mañana es de gran valor para nosotros hoy. El maná de hoy es lo que necesitamos; mañana Dios verá que nuestras necesidades sean suplidas. Esta es la fe que Dios busca inspirar. Así que deja el mañana, con sus cuidados, sus necesidades, sus problemas, en las manos de Dios. No hay almacenamiento de la gracia de mañana ni de la oración de mañana; tampoco hay acumulación de la gracia de hoy para satisfacer las necesidades de mañana. No podemos tener la gracia de mañana, no podemos comer el pan de mañana, no podemos hacer la oración de mañana. «Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34); y, muy seguramente, si poseemos fe, suficiente también será el bien.